



**ALGUNAS HISTORIAS
DE VENCER DERROTAS**

Maestro Román Bueno

Imagen de la cubierta del libro: Gonzalo Javier, psicólogo

ALGUNAS HISTORIAS DE VENCER DERROTAS

Administración Nacional de Educación Pública
Consejo Directivo Central

Presidente:

Prof. Wilson Netto

Consejeros:

Mag. María Margarita Luaces

Mtra. Elizabeth Ivaldi

Mtro. Oscar Aníbal Pedrozo Cabrera

Directora Sectorial de Educación de Jóvenes y Adultos:

Mag. Estela Alem

Equipo Técnico:

Prof. Alicia Fripp

Mag. Edith Aguilar

Lic. en Psic. Mtra. Magdalena Gulla

Mag. Mtra. Mónica Zanelli

Coordinación Educación Social:

Ed. Soc. Fabiana Díaz

Coordinación del Programa Uruguay Estudia:

Mag. Javier González

Prof. Alicia Fripp

Prólogo

La primera vez que Román compartió conmigo sus poemas, fue cuando trabajábamos en el Centro 3 de la DSEJA. Allí conocimos a muchas personas con historias de vida muy dura, algunas signadas por la desprotección, la soledad, diversos tipos de carencias, que nos conmovieron. En algunos casos, pudimos intervenir para cambiar una situación, en otros, simplemente acompañar.

Me halagó que me confiara esa parte tan íntima de un creador que es su obra. Descubrí en esos poemas a aquellos que habíamos conocido juntos a través de una particular manera de contar sus historias: desde la vivencia del protagonista.

Con el paso del tiempo me hizo llegar historias nuevas o recuerdo de antiguas experiencias de vida, de seres que también aprendí a conocer desde lo hondo de sus peripecias reflejadas en anécdotas o imágenes plasmadas casi como una fotografía tomada en el momento justo para definir un rasgo distintivo y único de la persona.

Con un lenguaje sencillo, directo, despojado de ornamentos superfluos, con imágenes potentes, nos hace empatizar con quienes descubrimos en esos momentos atrapados por las palabras en historias apenas esbozadas.

Podríamos definir su creación como poemas narrativos, pero esa aclaración no es imprescindible para acercarse al significado que encierra, porque sus poemas muestran la sensibilidad de una persona capaz de imaginar las vidas detrás de lo evidente.

Y allí radica, creo, la riqueza artística de Román, en la delicadeza con que roza lo triste, lo roto, lo vulnerado, sin dejar de lado la emocionada sonrisa de los logros. Porque, como dice en algún muro de nuestra ciudad, “la vida puede más”.

Celebro la publicación de este volumen que permite comenzar a difundir la valiosa obra de quien tanto tiene aún para brindarnos, y agradezco su generosidad para permitirme inaugurar el libro con este breve prólogo.

Prof. Alicia Fripp

Equipo Técnico DSEJA

A MODO DE INTRODUCCIÓN O ESAS PALABRAS INICIALES

Mientras el año se desliza por los casilleros del almanaque, concluyo que hay en ello algo de inevitable para todos, solo que el tiempo es tirano con algunos cuantos, más que con otros tantos.

El derecho de estudiar no siempre está situado en la prioridad de muchos.

Los pliegues de la vida dejan atrapados a muchas personas que deben enfrentar peripecias que parecen invisibles, aun cuando estas sean casi lo mismo que una dolencia crónica.

Precisamente por ello, considero importante ofrecer otras miradas a través de las cuales ver, escuchar otras voces, interpretar otros gestos. Y todo eso junto al necesario ejercicio de leer con empatía para poder descifrar ciertas cuestiones.

O tan siquiera, intentar entender.

Ensayar una versión distinta a la que aparece en la televisión, contar la verdadera verdad que denuncian los diagnósticos, o simplemente permitirnos observar con los ojos de nuestros estudiantes no resulta un quehacer sencillo para nosotros, los docentes. Cuánto más difícil será para el resto del universo que se dedica a otras cosas y se gana el sustento por medios que en nada implican a la educación. Y es bajo el paraguas de esa falacia que sigue emergiendo la brecha que se instaló desde hace un buen tiempo.

Sin embargo, los espacios en los que se apuesta a estudiar existen, están y abrigan la esperanza de los que apostamos a la enseñanza.

La Dirección Sectorial de Educación para Jóvenes y Adultos recibe año a año a muchísimos estudiantes que van al encuentro de respuestas. Respuestas que demoraron en llegar porque quedaron suspendidas en medio de realidades duras y situaciones complejas.

Entonces se hizo una obligación poder transmitir estas historias que son apenas ínfimas muestras de nuestros queridos aprendices que nos aleccionan.

Son estas líneas una suerte de homenaje a aquellos que apostaron por volver a estudiar, derribar sus propias barreras y vencer obstáculos.

Porque se impone que acompañemos sus historias.

Porque se hace urgente que los miremos a la cara.

Porque se enciende la ilusión cuando estudiar los hace dignos.

Aquí van pues, en esta humilde exposición, algunas palabras que pretenden explicar de la mejor manera posible la admiración que despiertan cada uno de ellos.

1. HISTORIAS PRIMARIAS

i)

ALBERTO

Alberto tiene cuarenta y seis años de varias vidas que son una sola.

Ahora vive en una pieza de mala muerte -siempre mejor que dormir bajo la mirada de las estrellas- pero antes pernoctaba en la casa de algún amigo que su deambular le sembró durante tantos inviernos.

Estuvo un tiempo breve en un refugio, se aguantó varias veces el paso de las horas para arañar su turno para usar el baño, compartió la tibieza del pan tarifado que le regalaba la dueña de la panadería del barrio con sus compinches de alcohol y cartas en esas noches que nunca parecen terminarse.

No mucho sé de él.

Más bien lo que quiso contar supongo que es suficiente: un poco de sus peripecias por un guiso, el relato ahogado de una ex que lo abandonó (no así su perro que lo espera a veces atado al poste de alguna esquina), los hijos perdidos que no logró recobrar la cortina de lágrimas que una vez dejó huir sin apuros.

Así y todo Alberto viene a estudiar.

Y es buen tipo.

Y regala optimismo.

Y dibuja sonrisas en los momentos más duros.

Y acompaña a las veteranas hasta la parada porque "la calle está brava".

Y muchos otros íes...

Una semana entera no apareció por aquí.

Nos extrañó no verlo, ahí en la silla de siempre contra el rincón del fondo,
mate en mano.

Un martes después volvió.

Había estado internado en el Maciel.

Para su fortuna dio con gente buena de la salud y lo sacaron del trance.

Supe después que cuando despertó de la inconciencia que le había
provocado el frío y el hambre, preguntó: "¿todavía estoy vivo?"

Y sí...Alberto está vivo.

Y sigue viniendo a estudiar.

ii)

SANDALIAS

Fabiana llegó tarde.

Vino sin medias y con unas sandalias color salmón en un juego de contraste con su piel muy joven y curtida.

La noche fría, otra como tantas.

Su abrigo escaso que traslucía su cuerpo delgado llenito de inocencia.

La maestra la esperaba con una leche caliente, como a los otros estudiantes.

Fabiana llegó tarde.

Caminó unas cuarenta cuerdas (cuarenta y dos para tener ajuste a la realidad) y al fin cruzó el pesado portón de la entrada.

Cambiamos algunas palabras en el umbral del hall de la escuela donde contaba con gracia banalidades (para ella) y definiciones de tristeza (para mí).

Fabiana llegó tarde.

"Hoy me demoré, perdón". Eso fue todo lo que dijo justo antes de atravesar la puerta de su salón.

A veces pienso (aunque sea en días como estos) que muchos llegamos tarde.

iii)

ANITA

El barro hoy le ganó a la miseria.

Anita miró por la ventana, pero esta vez para cerciorarse de su pobreza; una cosa de lo que era consciente y a veces no le quitaba el sueño.

Ahora está lloviendo, igual que ayer durante todo el día.

Anita fue hasta la pieza esquivando cachivaches de sus cinco hermanitos, buscó medias secas y se puso unas botas viejas.

Se guardó tres monedas en el bolsillo, una banana aplastada en la mochila, una bolsa con algunos lápices y el cuaderno.

Hoy tiene también taller de gastronomía, así que seguro se vuelve a casa con la panza llena.

La ciudad rota en el asentamiento donde vive alega otra vez en la comprobación de su tristeza.

Esta mañana Anita llegó una hora después a la clase.

Pero no dijo nada...

iv)

AÑOS

La cara iluminada por la luz del foco de la calle, pero más por una sonrisa que le ocupaba toda la cara.

Fue poco lo que pudo decir aquella mujer.

No es demasiado importante ese detalle, supongo.

- "Nunca vi algo así..."

Su voz temblorosa de duda, terror y emoción.

- "Es la primera vez que voy a un teatro."

Mientras tanto, se acomoda el poco abrigo que la cubre para calmar la noche. Recorre momentos de la obra de teatro que vinimos a ver acompañando todo con ojos que la llevaban al asombro.

Se estremece hasta casi llorar.

- "Tengo 53 años. Nunca pude esto. Siempre fui pobre y me dediqué a mis hijos. No fui nunca al teatro."

Las palabras apagaron mi miércoles allí mismo.

- Chau Mónica, le dije.

Mirando al suelo como para esconderse de mí y de ella solo guardó silencio, que es lo único que le quedaba.

v)

PAOLA

Paola es la definición de dulzura que habita todos los rincones de nuestro centro de estudios.

Siempre llega temprano y se queda sentada abajo de un árbol del lado del patio que da a la calle. Allí la vimos varias veces hablar sola. También jugar con sus bolitas que encerraba cuidadosamente en un óvalo que dibujaba en la arena. Y muchas veces esperar que el mundo le pasara por el costado sin que se diera cuenta.

Paola es buena.

Le gusta pintar con acuarelas o crayones, recortar cartones y papeles de colores.

Cuando se hace la hora de entrar a la clase, sus compañeros la llaman muchas veces y con mayor frecuencia que a los demás.

Paola demora en responder.

La maestra está trabajando con ella para que aprenda a escribir su nombre completo. Ella quiere saber trazar las letras con las que llaman a su hermano pequeño para poder hacerle la tarjeta para el cumpleaños.

Cuando era chiquita tuvo un accidente grave.

Su padre pagó hasta lo que no tenía para poder hacer los tratamientos.

Eso fue hasta que murió. La madre se tuvo que mudar a un asentamiento que queda a unas cuadras de aquí porque no conseguía trabajo. Sus hermanos van a la escuela. Los cuatro.

Paola es feliz con sus juegos a la sombra.

Dice la maestra que ayer pudo escribir sola "Paola" y su apellido. Estaba radiante.

Dijo que le va a regalar un dibujo a su hermano por el cumpleaños y que le va a escribir "Matías".

2. CERRANDO UN CICLO

vi)

CONFESIÓN

Si llueve vienen.

Ellos.

Los que tiran.

La tía está asustada.

Yo le digo que no tenga miedo.

Hoy hay sol.

Los botones están cerca.

Hoy en la escuela anduve bien, me saqué un sote.

La maestra me dijo que estoy mejor en las cuentas.

Todas bien hice.

Solo.

Nadie me ayudó.

Pero cuando le dije a mi tía, estaba llorando.

Ella me explicó que es porque estaba emocionada.

Yo sé que no.

Ella tiene miedo.

“Vos salí corriendo cuando yo te diga”.

Yo igual me quedé.

No quería dejarla sola.

Estaba oscuro y no se veía nada.

Ni siquiera a mi hermana, que estaba acostada.

Por suerte se calmó, me dio un beso y nos dormimos los tres en la cama de mi madre.

Ella está trabajando.

Mañana no le voy a contar nada para que no tenga que faltar a trabajar.

Marcos, 9 años.

(nieta de Zulma, estudiante de PUE)

vii)

EDUARDO

Eduardo trae los bolsillos llenos de monedas que a veces guarda en un morral que el mismo diseñó en el taller de cuero. Ese día estuvo engripado, así que después de llevar a su nieta a la escuela, se volvió a su casa y se acostó al lado de un brasero hecho con un ladrillo.

El año pasado, su esfuerzo y buena asistencia se vieron coronados por la aprobación de sus estudios primarios en el mes de agosto.

Desde ese momento supo que debía seguir. Por ello se anotó en el curso de PUE para continuar avanzando.

A fines de marzo se enganchó a la propuesta y se juró prorrogar los embates de su baja autoestima que le boicoteaban el sueño y lo paralizaban.

Los meses se fueron amontonando y ya se cuentan ocho de este 2019.

Eduardo está encantado con lo que le pasa.

No puede creer la cantidad de tiempo que recuperó por el simple y complejo hecho de estudiar.

Está orgulloso de lo que aprende, de lo que vive y de lo que siente.

Pero lo que más agradece es poder ayudar a su nieta con los deberes de la escuela.

viii)

LAS MUÑECAS SIN CASA

Hoy vinieron de Teatro en el aula a nuestro centro.

La obra; casa de muñecas de Ibsen.

Año 1879.

Los actores bailaron alrededor una única mesa y cuatro sillas de madera.

El tono dramático de la muchacha con el vestido gastado hacía que todo esfuerzo de distracción fuera imposible.

Mirando a mi alrededor noté que, tras la ventana de los ojos, los espectadores contenían el asombro, guardaban el temor de sus días más oscuros, jugaban a estar del otro lado al menos esta vez.

Yo en cambio, vestía la vergüenza con mi mejor cara de idiota.

Entonces Nora descubre que es una muñeca grande; que siempre lo fue; que su vida estaba hecha con ladrillos de mentiras. Torvaldo le dirige el aliento a su esposa cual propiedad inmobiliaria.

Eso hizo hasta que ella decidió marcharse...

El auditorio seguía ahí, pero por el silencio de fin de guerra hizo al ambiente de hielo dejando perceptible hasta el ruido tenue del motor de la heladera.

Fin de la obra.

Aplausos secos.

Asombro de nuevo.

Espacio para contar qué fue lo que sentimos.

Palabras rotas de mujeres que vivieron golpes.

Palabras tristes de chiquilinas que aceptan esa realidad.

Palabras muertas de señoras que tuvieron que escaparse de otros
Torvaldos.

Lágrimas que lavaron más palabras.

Y mucha, mucha más vergüenza subió desde mis tobillos.

Pasaron muchos años y sin embargo todavía falta tanto...

ix)

NATALIE

El vestido era tan largo que casi tocaba el suelo.

Dirigió sus pasos al salón de clase, haciendo retumbar los tacos en el piso de madera cual clave de candombe.

Se buscó la silla más cercana a la ventana para dar alivio a los rastros de calle que traía entreverado entre los apliques que llegaban a la cintura. Los labios rojos, cuidadosamente pintados, la perfecta puerta de una sonrisa hermosa que solo interrumpió para saludar a sus compañeros y profesora.

Natalie está estudiando desde hace unos meses.

Se enteró de este curso que le permitiría hacer ciclo básico gracias a un colectivo que lleva el emblema de una lucha que la respalda.

Después de pensarlo, dudarlo, volverlo a pensar y dejar de dudar, se animó.

Con una alegría tan grande que le llenaba el pecho, llevó en su bolso una cuadernola y dos lapiceras de esas que venden en los ómnibus, para empezar las clases.

Una noche le pedimos que llenara el formulario para postularla a una beca

de ayuda económica que le daría opciones para comprar materiales o lo que necesitara para el desarrollo del curso. Le solicitamos que escribiera argumentos por los cuales creía que debería contar con tal beneficio, animándola a poner en palabras al menos una mínima fracción de sus penurias.

Así, garabateando con agilidad sobre el papel casi sin vacío postuló con inocencia:

- “Creo que me corresponde la beca porque no tengo un trabajo de ingreso fijo y necesito plata porque mi condición económica es mala. Por suerte me salió esta oportunidad de estudiar y quiero aprovechar para tener la beca.”

Después de leer aquello, nos quedamos un rato mirándonos con la educadora del centro buscando explicaciones válidas que pudieran sacarnos del estado de sorpresa que nos provocaba la frase “me salió esta oportunidad”.

Es increíble tener que admitir que, aunque la educación es un derecho universal, durante mucho tiempo se nos olvidó que varias personas fueron invisibles, por más visibles que fueran en las esquinas.

Natalie quiere terminar ciclo y estudiar enfermería.

Está muy feliz de sentirse estudiante y llevar por primera vez en su cédula el nombre que le dictó su corazón.

x)

OPORTUNIDADES

Me quedé pensando ayer. Suele suceder eso a veces, más, cuando a la noche le da por llover. Retrocedí varios casilleros en los almanaques y logré estacionarme en alguna fría tarde del noventa y tres...Tenía apenas quince años.

Enseguida se alojaron en las retinas de la memoria Vanina (una gurisa de la que estuve muy enamorado pero nunca supo), las mañanas en el hall del liceo paseando la tabla de dibujo junto a la mochila vieja de cuero, las noches de juntada con los amigos pretendiendo aprender a jugar al truco y diseñando estrategias para colarnos a algún cumpleaños de quince.

A decir verdad, escribo estas líneas porque la etapa de estudiante la guardo como de las mejores cosas que me pasaron y pego aquí ésto a modo de reflexión básica, porque soy un bicho de educación. Debo agregar -pecando de poca modestia- que fui buen alumno y no me costó demasiado desprender las letras de los distintos libros que se me fueron cruzando. De igual modo, eso no fue proporcional a los recursos económicos con que mi familia contaba.

Afortunadamente no fue así. Lo digo hoy a la distancia, luego de haber refunfuñado mucho por dicha realidad en aquel entonces, cuando no tenía plata para entrar a los primeros bailes.

Lo cierto es que proseguí el camino largo de estudiar. Luego de deambular dudas en cuanto a qué bachillerato elegir y qué posible carrera seguir, siempre

tuve la fortuna de contar con gente que acompañaba.

Entonces hoy, otra fría tarde, pero de dos mil diecinueve, me detuve un momento a imaginar. Imaginar qué sería de la vida de nuestros estudiantes de PUE cuando también jugaban a sus quince vueltas al sol. Me acordé de los cuentos de Juan (lindo viejo de 72 años) que a esa altura andaba arriando vacas entre la escarcha luego de haber ordeñado desde bien temprano, tanto, que el sol no había entrado aún a escena. Cristian andaba peleando por fumarse un porro que era lo único que lo sacaba de su vida de mierda. Juli, cuando tenía 14 dejó de ir al liceo...Es que era Martin cuando nació pero ella lo negaba. Sus compañeros de clase se reían. Siempre se reían... María José fue madre de chica...tendría también quince cuando no supo cuidarse y no se cuestionó ni un minuto el desafío de continuar con su embarazo. Tatiana pasó un tiempo en un hogar porque tuvo la mala idea (y peor compañía) de robarse unos championes en la tienda. Mario creció justo en la mitad de la escala de siete hermanos y tuvo que salir a trabajar de chico: primero en el almacén de la vuelta de su casa después repartiendo diarios.

Y así podría seguir desvistiendo intimidades de los estudiantes...pero no viene al caso. Lo único que sí importa, es que no corrieron con mi suerte. Ni quizás con la tuya. Esa de llegar a tu casa y tener comida en la heladera y un baño decoroso para darte el lujo de una ducha caliente, justo un día como hoy que está tan frío.

Y sí...no se entiende cómo el ciclo básico se haga "tan rápido". No se comparte a veces algunas cosas de forma y base. No se interpretan algunas

cuestiones que exigen análisis. Particularmente, y desde un lugar humilde que ocupo, lo que pudo haber sucedido es que, para Juan, Cristian, Juli, María José, Tatiana y Mario todo pasó demasiado rápido y paradójicamente, es seguro que lo vivieron con extremada lentitud.

Así las cosas, en unos días se dará el fin de un proceso de varios meses que les permitirá culminar algo que para muchos fue muy cuesta arriba, pero para todos, un derecho. Hace unos días me enteré que Juan tiene dos operaciones al corazón y comprometido el próximo verano. Qué bueno es saber que va tener aprobado ciclo básico, a pesar de todo...

3. CRÓNICAS DE ENCIERRO

xi)

LA CABEZA EN LIBERTAD

Miró el techo.

Hay varias manchas de humedad.

Creo que es tarde, pensó.

No tenía forma de saberlo.

Entra muy tenue la luz de la luna.

Silencio.

Se despierta.

De golpe, se sobresalta y le pega a la pared.

Una.

Dos.

Tres veces.

Se convence que es real.

Se duerme.

Silencio.

Sueña.

Se arrepiente por las monedas.

Sufre.

Preferiría estar muerto.

Pero quiere creer que duerme.

Mientras todo está en silencio.

Es duro tener la cabeza en libertad

Y el cuerpo preso.

xii)

FERNANDO

Luego de traspasar victorioso el filtro obligado del scanner; bolsos, mate, termo y la libertad de afuera pasaron para el calvario de adentro.

Varios metros para caminar, construcciones tan enormes como tristes que albergan un montón de vidas amontonadas, dos canchas, arena y tímidos movimientos de personas que realizan algún trabajo con carretillas y palas, un pasaporte a tener un rato de cielo por techo que la buena conducta les regalaba.

Prosigo la marcha sin prisa, empujando la sombra que aplasto en cada paso, exactamente a las ocho de la mañana, horario que pautaba el ingreso a aquel sitio un par de veces a la semana.

Llevaba apenas un mes de trabajar allí, y como es usual en muchos de los casos en los que uno está amparado en la novedad, los descubrimientos eran para mí algo que rozaba lo mágico: descubrir que los muchachos que iban a estudiar solían frecuentar la biblioteca, que muchos de ellos habían aprendido a jugar ajedrez, que armaron una comparsa con una calidad envidiable, que otros tantos habían aprobado primaria luego de vencer su afán negacionista de culminar, que asistían profesores casi anónimos que, contra cielo, tierra y más se empeñaban en hacer creer a sus alumnos que todavía se puede.

Una mañana un poco más calurosa que de costumbre para ser agosto sin rastros aparentes de nada que amenazara romper la pesada rutina de la cárcel,

me pareció que alguien me observaba.

En una primera instancia pensé en el argumento que mejor convenía para ese escenario, convenciéndome con un débil “me debe haber parecido”. Cuando me encontró la segunda y tercera mirada comencé la tortuosa tarea de dudar si ser destinatario de los dardos de aquellas pupilas buscaban contarme algo o acaso calmar alguna venganza. A esa altura el alejamiento se había reducido a un punto tal que podía estimarse con cierta precisión que nos separaban unos cuatro metros. La distancia se redujo llegando al mínimo adecuado para una charla y recién en ese instante comprendí la exigencia que traían los gestos de aquel tipo que me miraba.

- Fernando...fue lo único que pude decirle.

- “Sí, soy yo. Espero que andes bien. Estoy por acá cualquier cosa.” Eso pareció decirme él con las lágrimas secas que le marcaban ríos en la cara.

Solamente atiné a atraparlo en un abrazo breve para dejar después que ambos siguiéramos camino.

Fernando había sido compañero en el IPA, allá por el 2002. Resultaba raro volver a encontrarlo casi quince años después, pero aún más extraño era hallarlo tras la violencia muda del encierro.

No era amigo, no nos frecuentábamos, ni siquiera formábamos grupo de estudio y sin embargo en ese apretón lo sentí cerca. El chirrido de su calzado con suela de goma se confundió con el sonido de fondo del taller de música, hasta que su silueta desapareció entre la multitud de gente

Y de puro capricho, la casualidad y el poco tiempo de mis clases allí, no nos hicieron coincidir otra vez.

Me quedará la duda de qué fue de la vida de Fernando, pero sobre todo; entendí que nadie está libre de caer en los reveses del destino y llevé mi definición de empatía al siguiente nivel.

xiii)

JAQUE MATE

Es lunes de una jornada gris que pareciera prometer lluvia sobre los dibujos pintados el año pasado sobre la pared lateral de la escuelita, por varios de los muchachos que realizaron un taller de muralismo. Los estudiantes venían llegando al espacio de estudio empujados por el tobogán rugoso de los caminitos de material que secundan los pasajes en el complejo penitenciario.

Se abre el enorme portón que da paso al ingreso de los estudiantes que se van acomodando poco a poco en las diferentes aulas. Da la sensación de que cada lugar estuviera reservado, igual que los casilleros del ajedrez.

Precisamente sobre dos mesas de madera se disponen igual cantidad de juegos con sus tradicionales peones cuidando al resto del elenco de fichas, que maquillan de manera sutil el ambiente frío y melancólico del enorme galpón devenido en salones de clase.

El estudio “te saca la cabeza”, alcancé a escuchar.

Un puñado de hombres toman clases buscando acreditar primaria. Muchos prefieren sumarse a los talleres que se proponen anualmente.

Once y cinco.

Ya se acomoda el “gordo Mario” de un lado del tablero y se adueña de las negras.

Levanta la vista y elige contrincante.

Nadie aparece.

Se aburre unos minutos.

Pasan algunos más y uno de los “internos nuevos” se anima al desafío.

- ¿Cómo te llamás?, le dice Mario.
- Dylan, responde el otro.
- ¿Sabés jugar?, interroga nuevamente.
- Si, vuelve a responder.
- Dale. Arrancá vos.

El combate se prolongó hasta que las agujas casi se juntaron sobre la hora del almuerzo.

No había ganador todavía, pero Mario había ensayado dos jugadas impecables que inclinaban la partida a su favor haciendo inminente el destrone del rey de su oponente.

-¿Ves? Ahora estás encerrado, le espetó el dueño de los movimientos de los caballos negros.

-Cierto, igual que vos...

Mario se quedó mudo, apoyó la espalda en una columna y se rascó el tatuaje del brazo mientras pensaba en la próxima jugada para que las palabras de Dylan no lo afectaran.

xiv)

RICHARD

Un día de marzo de 2003 empecé a trabajar en una escuela, de esas que antes se denominaban de contexto socio cultural crítico. Era joven y la capacidad de asombro estaba intacta, cuestión que ha menguado decididamente con el paso de los años.

En aquel momento estaba al frente de un grupo de cuarenta y cuatro alumnos, muchas penurias y poco aire para respirar. Sería deshonesto si escribiera que los recuerdo a todos, pero sí me animo a asegurar que algunos de ellos me marcaron.

De modo que, para no ser impersonal ni quitarle el mérito del motivo de esta evocación traducida en líneas, nombraré a Richard.

En ese entonces Richard tenía catorce años, una hermana más pequeña, una mamá que lo acompañaba hasta el portón y un padre preso que no conocí, pero que siempre estaba presente en sus cuentos y hazañas.

Su situación en clase fue compleja, aquella realidad le imponía las preocupaciones en lugares muy distantes a escuadras y diccionarios.

Así pasaron los meses que completaron el año lectivo hasta que los frenó diciembre con la aprobación del pasaje de grado y el calor que siempre es más fuerte en el asentamiento.

Corrió el elástico del tiempo y quiso el destino que fuera a trabajar a COMCAR.

Y en una de esas jornadas donde se aprende a apretar la garganta y estremece la piel ver los cortes en los brazos como tatuajes, me reencontré con Richard en los salones de “la escuelita” que resiste en un rincón de la cárcel.

La sorpresa fue grande; la mía, por encontrármelo ahí adentro (aunque tal vez no tanto) con los mismos estigmas en los brazos; la de él, verme otra vez con kilos de sobra y pelos de menos en una ilógica persecución para que me entregara los deberes que de chico siempre olvidaba.

No quiero ahondar en más señalizaciones porque no podría usar las palabras adecuadas. Me resultaría imposible.

Sin embargo, si deseo contarles que finalmente conocí al padre de Richard...Aún cumplía una condena que pagó con sus mejores años y toda la escolaridad de su hijo.

Hoy los dos asisten al taller de carpintería.

Richard no pasó todavía por el aula de primaria, al menos para saludar.

Debe ser que todavía lo incordia la posibilidad de que le reclame los deberes...

CAMINO A OTRO MUNDO

Era una mañana de octubre extrañamente cálida.

Los pasos me aproximaban al destino incierto de una primera vez en la cárcel.

Por el camino ancho que lleva a la unidad penitenciaria, transitaban escasos autos que espantaban con sus quejidos a los pocos pájaros que se abalanzaban sobre un tacho de basura.

El silencio despistaba la verdad que se escondía entre los edificios grises apretados por las rejas en una ciudad de apesadumbrados hombres.

Como por inercia continué la marcha sin imaginarme lo que depararía el destino luego del final de aquella calle.

Eran poco más de las ocho y el sol avisaba que iba a seguir despejado y libre entre las escasas nubes que manchaban el cielo justo a la mitad de la primavera.

Llegué al portal enorme que daba acceso, pasé por barreras varias y al fin estuve en la amplia barraca que albergaba los salones y biblioteca donde los estudiantes paseaban su cascoteada humanidad esperando por algunas palabras que trajeran aliento.

-¿Vos sos de afuera?- preguntó uno de los muchachos, que hacía visible

los tajos enormes que emparchaban los brazos.

-Sí. - atiné a decir.

-Acá estamos muertos en vida, ¿sabías?

Esa frase me quedó resonando un buen rato. Lejos de mostrarme sorprendido, le dije que siempre se puede estar peor y que me parecía valiente que estuviera estudiando en la adversidad que supone estar privado de libertad.

No sé si lo entendió, pero ya no me dijo nada más y se sentó en un banco que estaba al fondo del salón. Noté que estaba pensativo. Observaba cada movimiento. Su gorro rojo descansaba en la mesita de madera mientras rayaba con un diminuto lápiz el cuaderno doblado que había cargado en el bolsillo del pantalón.

Mientras se aceleraba la mañana haciendo entrar luz por el portón principal de ingreso, fui intentando contar algunas cosas que me parecían interesantes. Les hablé de mapas aprovechando que uno colgaba solitario encima de una cartelera, de los verbos, las mayúsculas y la regla de tres.

Así se movió la mañana y casi sin percibirlo se había hecho tarde.

Cuando los operadores llamaron para volver a los módulos, se extinguió de repente el costoso silencio en ese rincón diferente que habíamos construido. Uno a uno fueron bajando para retornar a su mundo. Ese otro mundo inhabitable.

-A nosotros nos gusta que vengan de afuera "profe"- enunció el muchacho del gorro bajando la voz como para que nadie escuchara.

Esa declaratoria casi me desmorona.

Y no le pude decir nada.

ÍNDICE

Algunas historias de vencer derrotas

1. *Historias Primarias*

- i) Alberto
- ii) Sandalias
- iii) Anita
- iv) Años
- v) Paola

2. *Cerrando un ciclo*

- vi) Confesión
- vii) Eduardo
- viii) Las muñecas sin casa
- ix) Natalie
- x)** Oportunidades

3. *Crónicas de encierro*

- xi) La cabeza en libertad
- xii) Fernando
- xiii) Jaque mate
- xiv) Richard
- xv) Camino a otro mundo